

en que enarbola el sol su último alarde,  
y el alma que es vencida y es cobarde  
en la corola de una flor se esconde.

Hora de la oración que desentierra  
todo el perfume grave de misterio  
que vaga por el seno de la tierra,  
hora que nos arrastra y nos encierra  
en una paz glacial de monasterio.

Y he llorado contigo: y he llorado  
de un cementerio a las cerradas puertas,  
–el alma por alfombra– arrodillado  
en frente a la penumbra de un pasado:  
¡porque yo también tengo cosas muertas!

...Corazón: cementerio: amada mía:  
cementerio que guardas los despojos  
de aquel pálido amor –ya se va el día–  
¡abre tus puertas que tu amante ansía  
en vez de flores, derramar sus ojos!<sup>4</sup>

## Las alilailas

Son novias perfumadas, vírgenes de otra edad;  
Son novias que murieron nostálgicas de amor  
A la luz del crepúsculo de mística piedad,  
Engullendo la anemia de un pálido fulgor.

Son novias olvidadas, vírgenes melancólicas,  
Que ocultaron dolientes sus violáceas pupilas,  
Bebiéndose los ecos de canciones tranquilas,  
Brotadas del cordaje de las arpas eólicas.

---

<sup>4</sup> José P. H. Hernández, “Cosas muertas”, *Puerto Rico Ilustrado*, año IV, número 152, 25 de enero de 1913; p. 37.

Sobre la tumba enferma de la amada perdida  
Crecen las alilailas... y, en ellas, cuando anida  
El trémulo lamento de mi incierta oración,

Escucho arcanas voces llamarme melancólicas,  
Cual ecos moribundos de las arpas eólicas,  
...Y me alejo... llorando... nostálgico de amor.<sup>5</sup>

## Lejanías

A veces en la tarde soñadora  
te sueño en la romántica leyenda  
de nuestro viejo amor, lánguida aurora  
que, de soplos de olvido portadora,  
cruza como un espectro por mi senda...

Y, cuántas veces llora con la mía  
el alma del crepúsculo violado  
allá, entre la difusa lejanía,  
destejiendo una frágil alegría  
tejida con recuerdos del pasado...!

A veces en la noche solitaria  
-¡en esa soledad asoladora!-  
pósase en ti mi mente visionaria  
como la niebla azul de una plegaria  
sobre una imagen muerta que se adora.

¡Es tan triste la vida cuando lejos  
nuestra alma está de la mujer querida,  
vagando entre los pálidos reflejos  
que vierte el sol de unos amores viejos  
sobre la mustia flor de nuestra vida...!<sup>6</sup>

---

<sup>5</sup> José P. H. Hernández, "La alilailas", *Puerto Rico Ilustrado*, año III, número 108, 23 de marzo de 1912; p. 45.

<sup>6</sup> José P. H. Hernández, "Lejanías", *Gráfico*, año XIII, número 43, 28 de julio de 1912; p. 3.